

Artur Heras. Retrato del tiempo

Juan Cruz Ruiz.

Artur Heras es, ahora cuando ya debe tener alrededor de cincuenta años, un autorretrato. Su autorretrato. Todos somos nuestro autorretrato y los años lo subrayan como si fuera una uña despiadada -o misericorde- que pasara por nuestra cara para contar las rayas de nuestra existencia. El arte es también el autorretrato que se hace a sí mismo el tiempo.

La imagen creada desde la convicción del artista, en la que todo cuenta: el arte, la actitud ante el arte y la actitud ante la vida.

Camisa suave y ligera, y los ojos fijos y burlones, ajenos a veces, pero profundos, rápidos, va de un lado a otro de los asuntos que escucha como si estuviera en todos, y de pronto se fija: en la pared, o en los ojos de los otros, aparece una figura que él va desarrollando mientras su imaginación -y su sueño- completan la luz de lo que ve y, al tiempo, la geografía de la conversación que se desarrolla alrededor. De esta mirada diversa -divertida, como dice Juan Cueto- nace su manera de estar en el arte: interesado por todo, lo cultiva todo con la igual apariencia honda del entusiasmo y todo lo hace como si acabara de descubrir la forma de inventarlo. En el curso de ese tiempo en que Artur Heras escucha con los brazos cruzados, como si estuviera en dos sitios a la vez y en ambos estuviera asentado como una piedra de mar, permanente pero fresco y perplejo, habrá dado un repaso a sus propios sueños, pues de eso se trata, y habrá concluido en lo que es fundamental de lo que ve: todo ha existido antes en los sueños: las banderas, las planchas de acero, las fotos trucadas, la sonrisa de los niños, las muecas de los adultos, las obsesivas alucinaciones de los contemporáneos, desde las obsesiones naturales del sexo a las sobrenaturales manías que impone sobre la mente humana la abstracción sobrenatural de la palabra. La palabra tachada, la palabra naciente, la palabra dibujada. La palabra viva.

Al filo de esa edad, pues, uno no sólo tiene en la cara su autorretrato, sino que lo tiene en la obra que hace - y también- en la obra que deshace. El hombre es responsable de sus sueños, de los realizados y de los que aún quedan en las capacidades desconocidas de su memoria; en el ejercicio del arte, lo que el hombre alcanza es a cantar la intuición de sus sueños, y en esa cuerda tensa vive el proceso creativo, el que al fin contribuye a acompañar el autorretrato el trazo eficaz que convierte al hombre en un contemporáneo de sí mismo, en un salvador moral de los sueños propios y de los sueños ajenos.

Pocas veces he visto en mi vida a Artur Heras, y la vez que le vi más tiempo -junto al mar, caminando por la orilla de la Malvarrosa, escuchando cómo explicaba con las manos los conceptos abstractos de su trabajo -me quedó aquella sensación de autorretrato total que persiste en mi memoria como la mejor manera de empezar a hablar de él. Porque, evidentemente, detrás de ese retrato responsable en que se ha convertido la cara del artista hay una larga biografía, que nace en Xàtiva y busca meandros e influencias (Pollock, el ancestro, que diría Manuel Vázquez Montalbán, Picasso, Renau, Duchamp: el orden alfabético de los que rompieron para que todo empezara de nuevo, hasta el sueño y sobre todo el sueño) para desecharlas o para acentuarlas; ha habido, incluso, agitación cultural, contra esto y aquello, como un don Quijote de la playa que, situado a lomos de una sociedad civil despreocupada, atiza con su argumentación

solidaria la leña del fuego u hace que todo el mundo se mueva, en su favor y en su contra, a partes iguales e igualmente virulentas. Pero es un creador, y muchas veces la biografía pública de los creadores dibuja su figura con trazos demasiado gruesos, y es la sutileza de la creación pura, aunque esté comprometida con la sociedad en la que se establece, la que mejor da entendimiento de lo que ha hecho -hasta ahora- Artur Heras. El conocimiento de lo que hace con sus manos, lo que convierte su biografía en la de un artista total, produce el retrato verdadero de este poeta de las formas que entiende desde muy joven lo que Rilke explicaba a los escritores: nunca hagas nada sino sientes pasión por ello. En esta obra la pasión se nota en los centros y en el borde y se entiende como una manera entusiasta de estar en la vida, como si uno entrara de pronto en el mismo aire que alimenta su imaginación y que cubre su territorio, cada vez más amplio por los beneficios que dan las edades distintas de la experiencia. Su actitud civil ante el arte es la de un renacentista mediterráneo que no teme al juego sino que lo busca y cuya obra pictórica, dibujada, escultórica, fotográfica, casi literalmente lúdica, invita a la vez a practicar todos los juegos, los benévolos y los perversos, que él insinúa. No es ninguna ironía (la suprema palabra de su obra artística, a mi parecer) decir que lo que subsiste como consecuencia de una contemplación detenida (y divertida) de este arte que lo crea Artur Heras produce ganas de repetirlo en la vida, de hacer posible en la existencia común que estos cuadros o estas construcciones tomen vida y salgan a caminar, a bailar o a comer con nosotros. Una obra con ritmo, con encarnadura y con risa: un acontecimiento para la vista y también una justificación de lo que siempre se ha dicho: la vida vale la pena. Un grito a favor de la vida, un vivalavida que es como la respiración de Heras.

Ganas de comer, y de correr por la playa, y de dormir borracho a la sombra de las palmeras, el horizonte que ha inventado Heras para hacer inverso el mar. Ganas de entusiasmo; entusiasmo en suma es lo que produce en los que miran estas obras que, por otra parte, son la expresión y el resultado de una mirada, esa que arroja, asombrada y risueña, sobre todo lo que pasa, y sobre todo lo que sueña.

¿A dónde va este personaje con tamaña vitalidad? Es curioso que dos de sus prefacistas (de prefacio), Manuel Vázquez Montalbán y Mario García Bonafé, hayan hecho tanto hincapié, en textos escritos en épocas diferentes, en la relevancia de una edad, los 43 años, que al parecer Heras calificaba de canónica, como un punto y aparte en el curso de sus años. Yo lo conocí cuando ya tenía esa edad, y por lo tanto soy incapaz de establecer un color distinto para los años anteriores o posteriores del artista. Pero la coincidencia en la preocupación por la edad me da una oportunidad excelente (si sé aprovecharla) para explicar que en este tipo de creadores la edad resulta del todo indiferente; al contrario, si la edad fuera, como creo, una forma de color definitivo, nítido, que separara un mundo de otro, se podría decir que Heras descumple años, que se está acercando, como las gaviotas a puerto, a una edad transversal, perpetua, desandando los cuadernos grises y preocupados de una parte larga de su biografía artística para ser cada vez más ingenuo y más fresco y juvenil, un Peter Pan de nuestro tiempo cuyas obsesiones y cuya actitud alegre y confiada, como pregonaba Alfons Roig, le acercan cada vez más a la atmósfera positiva y clara de los sueños.

Lo que debe esperarse del ejercicio del arte es que convoque a los demás a creer que los símbolos a los que han llegado otros son alcanzables, simples y perfectos pero alcanzables; lo decía Azorín y lo pregonó Julio Cortázar, e incluso Borges hizo profesión de fe de que no era él quien escribía sus inmortales poemas blancos. Todos ellos nos hicieron creer, en efecto, que podríamos llegar a la aparente simplicidad a la que llegaron ellos. Pero detrás de cada una de sus obras estaba el inconmensurable aprendizaje de la cultura y del buen gusto, y lo que hacían era consecuencia de esa madurez.

En personajes como Artur Heras ese aprendizaje es también evidente, y así salta de un género a otro, de un universo al otro, con la misma capacidad para inventar y con la misma apariencia de que no le supone esfuerzo alguno tachar y volver en su inconmensurable esfuerzo tranquilo para ser él mismo siendo siempre diferente.

Es una obra estimulante en la que habitan por igual el silencio y el ruido, y la risa, sobre todo, una risa mediterránea, de media tarde, la risa de un niño que se queda solo frente a los primeros juguetes y descubre, ingenuo y pícaro, digámoslo así, que ya esos juguetes que le ofrecen los soñó, y entonces coge los lápices de colores y traza puentes entre la realidad que le han dado y la realidad que quiere. Es, finalmente, una obra imparabile, que se alimenta a sí misma y que a mi, como contemplador apasionado de lo que son capaces las manos ajenas, me ha atrapado, sobre todo, cuando esa obra se parece a la escritura, a su entusiasmo y a su autocritica, cuando aparece tachado el universo que vio. Manuel Vázquez Montalbán recuerda, en el diccionario que escribió con motivo de una de las últimas exposiciones de Heras, que este le envió una documentación gruesísima sobre su obra y que a partir de ahí escribió aquel ingenioso recorrido por la vida y el trabajo del artista de Xátiva. Cuando iba a terminar este texto, Heras me dijo desde Valencia que le faltó enviarme un recorrido por la figura de Franco, que había hecho y que quizá yo hubiera visto como necesario para escribir sobre él. Me quedó en el cuerpo la sensación de que ese retrato lo había visto en esquinas de los otros documentos que me hizo llegar. Uno imagina la obra de los artistas que quiere y no hace falta verla toda, porque desatar la intuición ajena es uno de los privilegios del arte. Y esta obra de Heras, llena de insinuación, de buen gusto, de ruptura ingeniosa y de creación honda, es una obra para intuitivos y también para gente que ame la vida y que se ría ante ella como si uno fuera un niño ante los juguetes que ya soñó.

Un retrato del tiempo para retratar el tiempo. Hay una fotografía que se hizo hacer Heras en Berlín que aparece glosada en alguna parte por García Bonafé y que yo quisiera subrayar aquí. Las fotos de la gente - lo decía Susan Sontag y lo había dicho muchas veces la poesía: Brines por ejemplo- desatan en el tiempo posterior, cuando se contemplan de nuevo, la sensación de que nos comunican mucho más que lo que en el instante en que fueron realizadas nos decían. En esa fotografía Heras, un Heras más joven, trata de subir una pared, sin otra ayuda que la del aire. Luce una gabardina gruesa y abre sus ojos como si en efecto ya estuvieran percibiendo los efectos maravillosos que debe producir el vuelo involuntario. Como si se tratara de un autorretrato de su imaginación, esa fotografía es una mano contra el tiempo, una forma de detener la edad y de

apropiarse de las formas del futuro. El artista es una suerte de Ícaro, siempre volando en contra de las alas de edad, inventando la primavera en el surco propio de su tiempo, y creyendo mientras asciende o se desplaza, que él es el único habitante de su vuelo. Esa sensación de libertad y de futuro que desprende esa fotografía es, en sí misma, la justificación y la definición de una actitud ante la vida y ante el arte, que es por supuesto una forma de vida.

Detrás de esa fotografía está, a mi manera de ver los retratos, el ansia de inmortalidad que habita todo gesto: un instante y ya es para siempre, lo fugaz como ejemplo de lo eterno, la mano como consecuencia del tacto, el camino como regreso y también como aventura. Casi todas las cosas que suceden están en la memoria para siempre y basta que una mano diestra, estimulada por los materiales más simples, se ponga a ello para que surja del fondo de ese baúl en el que el pasado revive la historia de cada uno; y esta obra de Heras es en ese sentido la autobiografía dibujada de ese hombre que quiere subir sin ayuda una pared imposible cerca de una zanja en Berlín. Se diría que ante la obra de Artur Heras uno siente lo mismo que veía cuando, poco a poco, de las monedas enormes de nuestra infancia íbamos obteniendo, colocándolas sobre el papel, la verdadera dimensión de lo que las monedas nos dicen. Como si la realidad estuviera ahí, y viniera el artista con el lápiz de su conocimiento -y de su ingenuidad- a bautizar de nuevo todo lo existente para que volviera a vivir la realidad como un objeto nuevo, como un sueño distinto.

La primera vez que vi una exposición grande fue la de Henry Moore en Florencia, en el Forte Bellvedere. Allí había grandes esculturas, hermosas, luminosas esculturas que se asentaban en aquel paisaje como las piedras de mar de que hablaba al principio refiriéndome a las sensaciones que despierta Heras; pero lo que más me impresionó de la obra global del artista inglés fue la minuciosidad simple de sus dibujos, el camino con el que iba recorriendo, como si explicara su sueño antes de hacerlo escultura, los distintos pasos de su universo, asombrándose él mismo de los senderos descubiertos. Esa sensación de frescura compartida es la que he sentido ante este autorretrato total de Artur Heras, que me ha llevado, y cuánto lo agradezco, de la viscosidad cotidiana de las cosas a la frescura de enfrentarme a ellas como si fueran símbolos que uno pudiera deshacer de un manotazo. Yo no sé cómo se habrá quedado Artur Heras, pero yo sé que me he quedado más limpio viéndolo y diciendo lo que vi en esa cara de niño perplejo que el tiempo, ese gran tirano, no ha sido capaz de quitarle.